

Aquel 24 de diciembre se levantó como de costumbre más tarde de lo que hubiese deseado. A pesar de que habían pasado más de las once, no se percibía el ruido al que acostumbrada. Aquel silencio le pareció extraño, sobre todo porque el día de Nochebuena el traqueteo de gente por su calle era constante. Extrañado, fue a la cocina, se tomó un café solo y saboreó uno de los deliciosos mantecados. A los pocos minutos tuvo que ir al baño. Al entrar se encontró con una cortina de vaho.

-Estas hijas mías siempre prolongando sus duchas más de la cuenta -pensó.

Cuando acabó, se topó inesperadamente con el espejo del baño, donde quedó perplejo ante la imagen reflejada de su hija Arancha, tratando de desenredar su pelo mojado frente al espejo. La expresión de su cara mostraba tristeza y las cuencas de sus ojos parecían llenarse de lágrimas. Escuchó, de repente, tres golpes en la puerta.

- ¿Te falta mucho, hija? - era su mujer.

-Nada, mamá, ya salgo- contestó Arancha.

Entonces, cogió la foto de su padre, de la cual no se separaba durante el último año, la besó y salió del baño. Daniel, paralizado, miró a su alrededor, desconcertado, y al cabo de unos segundos salió por la puerta en busca de su hija. Comenzó a llamarla:

-¡Arancha, Arancha, Arancha!

Al ver que ésta no contestaba, llamó a su mujer, luego a su otra hija, y por último a su hijo pequeño, Kike. El silencio que obtuvo como respuesta le impulsó a recorrer impacientemente su casa. Miraba habitación por habitación, tratando de encontrar a algún miembro de su familia. Se dio cuenta de que no había nadie. Tampoco adornos navideños, cosa extrañísima debido a la adoración de sus hijas por aquella época. Desesperado volvió al baño donde había contemplado la escena, gritó y comenzó a dar golpes fuertes al espejo. A punto de desistir en su intento, el espejo comenzó a temblar. Se escuchó un sonido parecido al de un aspirador, que absorbió en segundos a Daniel. Se despertó en el suelo del baño, mareado y con fatiga. Al levantarse, volvió a toparse con el espejo de su baño. Su reflejo era incompleto. Únicamente podía ver su bigote que tanto lo caracterizaba. El bigote de bandolero, como decía su mujer. Comenzó a escuchar voces familiares. Abrió la puerta y...¡zas!, se topó de frente con su hija Ana.

-Arancha, cierra la puerta del baño, siempre se va el calor por culpa tuya-dijo en voz alta.

Daniel, sorprendido, miró perplejo un bigote similar al suyo que salía del labio superior su hija. Segundos después apareció la cabeza de Arancha sobresaliendo por el marco de la puerta, con el pelo ya seco y contestando de mala manera a su hermana.

- Yo no he sido, imbécil-contestó.

También su otra hija, llevaba un bigote idéntico al de él. No tardó mucho tiempo Daniel en darse cuenta de que sus hijas, no podían verle. Confío en que su mujer sí; así que fue en su busca al jardín. Allí estaría seguramente trasplantando flores de Pascua, era una gran amante de las plantas. Pero nada, ni estaba su mujer ni había planta alguna. Daniel, completamente desconcertado, volvió dentro y se dirigió a su habitación. Allí encontró a Lourdes, su mujer, tumbada sobre su cama, hecha un ovillo y sujetando algo entre sus manos mientras lloraba. Al acercarse vio que sostenía una foto suya. Y al ver su cara, también se topó con un bigote sobre los labios de su mujer. Al igual que sus hijas, Lourdes tampoco podía verle. Fue entonces

cuando comprendió que él ya no estaba allí. Suspiró. Miró a su mujer con pena, se rascó la cabeza y pensó en cómo ayudar a recuperar la alegría de su familia. Estuvo varios minutos mirando a su alrededor cuando vio su guitarra en su rincón. Comenzó a buscar en la tablet aquella música flamenca-navideña que él solía tocar en aquella época con su guitarra. Seleccionó una lista y la dejó puesta. Encontró a su hijo Kike leyendo cómics en su habitación. Entró y, al hacerlo, su hijo levantó la mirada del libro y, como si le leyese el pensamiento, se levantó para ir a comprar al supermercado. Trajo un pollo y comenzaron a prepararlo, hijo y padre, tal y como hacían cada año, siguiendo la receta del relleno que su tía Conchi les había enseñado. El aspecto no solía parecerse mucho al original, pero su resultado suscitaba tanta gracia que finalmente toda la familia probaba. Puso el mantel de navidad, colocó copas, los cubiertos de plata y decoró la mesa con velas y servilletas rojas, tal y como solían hacer. Después descorchó una botella de sidra. El olor comenzó a penetrar por los orificios de las niñas y la madre, que acudieron al salón de la casa, en busca de buenos recuerdos. Al llegar, encontraron a Kike al lado de la mesa con el delantal con el que cocinaba Daniel, sujetando una copa en la mano mientras brindaba por su padre y por todo aquel legado de costumbres navideñas que había dejado en aquella pequeña-gran familia. Su madre, se secó las lágrimas y se abalanzó a los brazos de su hijo. De repente, el bigote de su cara desapareció. Lo mismo les ocurrió a las hermanas al encontrarse con aquel ambiente navideño. Al fin habían conseguido deshacerse de aquel bigote incrustado en sus caras, que las desdibujaba, entristecía y ocultaba sus sonrisas-pensó, Kike.

Daniel contemplaba orgulloso desde el otro lado del espejo, esta vez desde el salón, aquella estampa navideña de su casa. Se había transformado en un lugar alegre donde la noche navideña transcurría en familia entre sonrisas. Su foto presidía la cena y su nombre aparecía en todas las conversaciones. Daniel estaba feliz de que disfrutasen de los momentos juntos y lo recordasen con tanta alegría, a pesar de su ausencia.